(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL INFANTE

D. PEDRO DE PORTUGAL,

en la que se refiere lo que le sucedió en el viaje que hizo cuando anduvo las cinco partes del mundo.

ESCRITA POR GOMEZ DE SANTISTEBAN, UNO DE LOS DOCE QUE LLEVO EN SU COMPAÑIA.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA ULTIMA IMPRESION.

Madrid.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA MARÉS, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.

1848.

HISTORIA

DEL INFANTE

D. PEDRO DE PORTUGAL.

CAPITULO PRIMERO.

De como el infante D. Pedro de Portugal se partió de la villa de Barcelós á tomar la bendicion de su padre, con designio de ver las cinco partes del mundo, y de como dió principio á su jornada.

El infante D. Pedro, fue hijo del rey D Pedro de Portugal, primero de este nombre. Deseaba con ánsia recorrer el mundo y ver cuanto en él habia. Determinado, pues, à emprender este viage, no quiso hacerlo sin recibir antes la bendicion paternal; y para efectuarlo, hizo prevenir lo necesario, eligiendo doce de sus mejores criados que le acompañasen en tan dilatada como arriesgada espedicion. Salió de la villa de Barcelós donde residia, y habiéndose presentado á su padre y manifestado el designio que le conducia, le pidió su beneplàcito y bendicion para emprender aquella jornada. Mucho lo sintió el rey por ver se iba á esponer á un viage tan largo y peligroso; pero no pudo menos de condescender á los ruegos é instancias que le hizo su hijo; y despues de haberle prodigado los sábios y saludables consejos que le dictó su prudencia, dispuso se le entregaran veinte mil doblas de oro, y una porcion de joyas de inestimable valor, despidiéndole con la bendicion.

Partió en seguida el infante para Valladolid á despedirse de su primo el rey D. Juan II de Castilla, quien apenas supo de su llegada, salió á recibirle; y enterado de la intencion que le llevaba, mandó darle cien mil escudos de oro, y un faraute ó intérprete de todas lenguas que le acompañase en su jornada, llamado Garcia Ramirez.

Aqui principia la relacion de Gomez de Santisteban.

Salimos de Valladolid todos juntos con direccion á Lisboa, donde permanecimos cinco dias aguardando viento favorable para dár á la vela con una fragata maltesa, donde debiamos embarcarnos, cuyo viaje hacia á los Estados Venecianos. En efecto, dimos la vela para aquel puerto, al que arribamos con toda felicidad, siéndonos admirable ver que tan famosa ciudad estuviese construida con la mayor hermosura y uniformidad sobre islotes en medio del mar, por cuyas calles pasa el agua, y en las cuales se advertian varias barquichuelas pequeñas que servian para transitar de unos edificios á otros. Esta ciudad está en los dominios de Italia á quien perteneció en otro tiempo, quedando despues independiente con gobierno republicano.

A los nueve dias nos volvimos à embarcar en un navío holandés que salió para Chipre, á donde llegamos sin contratiempo alguno, despues de veinte y siete dias de navegacion. Nos dirigimos á la ciudad de Nicaim, còrte de este reino, con el objeto de tomar el pase de aquel soberano; y puestos que estuvimos á su presencia, quiso enterarse de nuestra procedencia y del objeto del viaje que hacíamos; á lo cual satisfizo nuestro intérprete, éramos vasallos del rey de Leon en España, y que el objeto que nos conducia por aquellos paises, no era otro que el de ver mundo: mucho se alegró de esto el rey, y nos dió pasaporte para poder seguir adelante.

Habiéndonos despedido, emprendimos el camino de Turquía, dirigiéndonos á la ciudad de Mántua, donde entonces residia el principal soberano; señor de la media luna ó de medio mundo, al cual nos presentamos con el aspecto y modestia debida, haciéndole presente quiénes éramos, y qué íbamos peregrinando; enterado de ello, mandó pagásemos el tributo impuesto á todos los que pasan por sus dominios, reducido á dos escudos de oro por cada uno de nosotros; cuya cantidad fue satisfecha al momento, y se nos dió el salvo-conducto para poder transitar sus provincias, acompañados de exeas ó genízaros, con los que pasamos á la gran ciudad de Troya, que fue la mas populosa del mundo, y su fortaleza tan inespugnable, que sería temeridad de un ejército numeroso quererla reducir por armas en el espacio de diez años de sitio ó asedio. Despues de haber entrado en esta dilatada poblacion, fuimos conducidos por nuestros guias á una posada, á cuyo dueño nos entregaron por su cuenta: allí permanecimos

dos dias comiendo carne de dromedario por falta de la de vaca y carnero, hasta que avisamos á los conductores queríamos marchar: estos de nuevo se volvieron à encargar de nosotros, y salimos de la ciudad con direccion á la Grecia por un desierto tan áspero, yermo y solitario, que en catorce jornadas que hicimos no descubrimos el menor indicio de poblacion alguna. Al dia quincè de nuestra marcha, hallamos un monasterio, cuyo portero era un buen ermitaño que nos recibió con la mayor afabilidad, brindándonos á entrar en el templo á hacer oracion, como con efecto lo ejecutamos con aquella reverencia debida al religioso santuario: mas, ¡cuàl seria nuestra admiracion y sorpresa al observar al rededor de las paredes, puestas en forma natural, una porcion de esqueletos que manifestaban ser de grandes personages! Por lo que suplicamos al ermitaño nos hiciese el favor de esplicarnos la causa de permanecer alli semejantes cadáveres, á lo que nos contestó, eran todos los reyes y príncipes que habian fallecido en aquel reino, que solamente alli era donde se depositaban como panteon destinado al efecto. Nos instó para que entrásemos á descansar en el monasterio, lo que aceptamos con gusto, permaneciendo allí dos dias, en los que nos obsequió y asistiò muy bien, sin permitir que á nuestra despedida se le hiciese la menor espresion de gratitud.

CAPITULO II.

Como el infante pasó á la Noruega, Babilonia y despues á la Tierra Santa.

Habiéndonos despedido del ermitaño, quien nos deseò un feliz viaje, é informados no distar seis millas de allí una poblacion, nos dirigimos á ella, donde tomamos cuatro dromedarios y lo demas necesario para el camino de Noruega, á donde pensaba pasar el infante.

Cada dromedario llevaba una especie de aguaderas anchas, capaces para ir colocados en ellas á derecha é izquierda las catorce personas de nuestra comitiva: en medio de la carga, se colocó tambien la provision de víveres de boca para el viaje, y una gran porcion de dátiles para manutencion de los dromedarios, cuyos animales caminan sobre cuarenta leguas diarias, siendo su rapidez tal cuando marchan, que es necesario llevar los oidos tapados con algodon para evitar el zumbido que hace

el aire con su velocidad: tambien es necesario ir bien atados á las aguaderas para no dar una caida; pues al que por desgracia llega á suceder esto, por milagro se libra de la muerte.

Cuatro dias caminamos, al cabo de los cuales llegamos á Noruega, cuyo terreno fértil abunda de hermosos y frondosos árboles, que producen variedad de frutas silvestres: es clima bastante sombrío y oscuro, á causa de no haber mas que seis horas de dia y diez y ocho de noche: lascosechas son duplicadas al año, y los rocíos que cáen de contínuo, son como las lluvias copiosas de nuestro clima en España; motivo porque el infante no quiso detenerse mucho tiempo en aquel pais para pasar á Babilonia.

A nuestra llegada á tan famosa ciudad, pasamos á prestar obediencia al gran Babilon, hijo del Soldan de Egipto, el cual con la mayor severidad nos interrogó de qué nacion éramos, con qué licencia pisábamos sus tierras, y si entre nosotros habia algun príncipe ó infante. Garcia Ramirez le contestó, eramos españoles, vasallos pobres del rey de Leon: que en nuestra compañia no iba persona alguna de las que preguntaba; y que el motivo de pasar por sus dominios, era por ir en romería á visitar al preste Juan de las Indias.

Con esta relacion mandó nos detuviéramos algunos dias, en los que se le informó de la grandeza de nuestro soberano, con los ritos, costumbres y ceremonias de los paises cristianos; con cuya noticia quedó sumamente complacido, mandándonos dar cuatro mil doblas de oro, y salvo-conducto para transitar por todos sus estados.

De allí salimos para la ciudad de Urian, pais donde habitan los Centauros, gente soez é indómita y sin religion, pues cada uno vive en la ley que le acomoda. En seguida atrabesamos la Arabia feliz, y llegamos al rio Jordan, donde pagamos un escudo de plata por cada uno: pasamos á Nazaret y casa donde vivió Nuestra Señora la Vírgen María, y habiendo pagado otro escudo de plata por cada uno, fuimos al castillo de Emaus; alli pagamos tambien medio escudo: despues nos dirigimos á ver la Palma que se bajó haciendo acatamiento á la Vírgen; al pie de la cual hay una fuente de agua viva, que manó para que esta Señora bebiera cuando iba huyendo á Egipto con su Santísimo Hijo y su Esposo San José. Despues pasamos al Portal de Belen, donde nació Cristo Nuestro Redentor, haciéndonos pagar dos escudos por cada uno. En seguida fuimos al valle de Josafat, cuya llanura es tan grande y espaciosa, que se pierde de vista, por el

cual anduvimos algunos dias: luego pasamos á la gran ciudad de Jerusalen, llevándonos los conductores á la callejuela y corral donde se hospedan los cristianos que concurren á esta poblacion: de alli nos dirigimos al convento de religiosos Franciscos, y suplicamos al padre guardian hiciese porque viésemos el Santo Sepulcro: en efecto, habló á los moros que se hallaban de guardia, y despues de haber pagado siete piezas de oro por cada uno, nos dejaron entrar: en seguida fuimos conducidos al Monte-Calvario, donde permanecen los agujeros de las cruces de Cristo, y de los dos ladrones. Pasamos al monte Olivete, donde el traidor Judas dió paz á su Maestro: al huerto de Jetsemaní ó de las olivas, en cuyo sitio no ha vuelto á nacer yerva alguna, viendo tambien el Sauco donde se ahorcó aquel pérfido discípulo. Despues nos volvimos á la antigua ciudad de Jerusalen, en la que vimos las casas de Anás y silla donde se sentaba; la de Pilatos y su Pretorio, con la columna en que fue azotado el Señor, donde dimos doce ducados por todos: el templo de Salomon; la casa de San Joaquin, la mas conocida en la ciudad por tener los umbrales, puertas y cerraduras todo de piedra: la cueva donde san Pedro lloró su pecado, pagando aqui cuatro dineros cada uno: luego pasamos á ver el sepulcro de Adan, que está en el valle de Ebron: de alli fuimos á ver el tronco donde se cortó la Cruz en que murió Cristo: el huerto de Jericó, que está media legua de la ciudad: el monte Tabor, donde fue transfigurado el Señor y donde fue enterrado Moisés, ignorándose el sitio de su sepulcro.

Pasamos tambien al desierto donde ayunó el Señor, en el cual vimos los sepulcros de Daniel, el de Jeremias y el de Zacarías; volviéndonos despues al convento á despedirnos del padre guardian, para emprender el camino de Armenia.

CAPITULO III.

Como el infante D. Pedro llegó á la ciudad de Armenia; su presentacion al rey, pasando despues á otras provincias.

ENTRAMOS por las sierras de Armenia, que son las mas escabrosas y ásperas, pero fértiles al mismo tiempo que hay en el mundo, y aunque vulgarmente se dice estar los campos llenos de leche y miel, es la causa de ello el estar cubierto de muchedumbre de animales; como son elefantes, camellos y otra infi-

nidad de distintas especies; los que no pudiendo sus hijos consumir la leche de que abundan, la vierten por donde pasan regando la tierra. Son tambien tantos los enjambres de abejas de que abundan los montes, que pueblan y llenas los árboles y peñascos con sus panales, derramando tan copiosamente la miel, que corre por varias partes; por lo que con alguna razon fundada se dice, que aquellos campos están llenos de leche y miel.

Ninguno de los animales que pueblan aquellas ásperas montañas bebe agua hasta que viene el Unicornio, que por lo regular suele ser al medio dia, hora que por su instinto saben todos: al llegar, mete el cuerno ó asta que lleva en la frente, y separa el veneno que los muchos animales ponzoñosos que hay, como son dragones, serpientes, aspides, escorpiones y víboras de terrible magnitud, echan al agua; por cuya razon ningun caminante se atreve á beberla, teniendo que llevarla en vasijas, como tuvimos que hacer nosotros.

Por medio de estas sierras àridas pasa un caudaloso rio, el cual circumbala dos altísimas montañas que se descubren desde mas de treinta leguas por la parte del mar, sobre cuyas encumbradas simas descansa el arca de Noé, la que tiene todos sus costados poblados de yervas, verdin y musgo; advirtiéndose tambien sus bordes estar blancos por el estiercol de la muchedumbre de aves que sobre ella paran, y á la que nadie puede llegar sin peligro de perder la vida por lo inespugnable del sitio.

Despues pasamos á la ciudad de Armenia, que es una de las mas fuertes y populosas del mundo: á nuestra llegada fuimos presentados al rey, quien nos preguntó nuestra procedencia, y á qué parte nos dirigíamos; á lo que satisfizo nuestro intérprete, diciendo, éramos vasallos del rey de Leon en España, y entre nosotros iba un pariente suyo; que nuestro viaje se dirigia á ver al Preste Juan de las Indias. Mucho se alegró el rey de ello, mandando se nos diese muy buen hospedaje en su palacio en el que permanecimos veinte dias por órden suya; en cuyo tiempo se le informó de la grandeza de nuestro soberano y de la abundancia de sus tierras. Pasado este tiempo le pedimos su beneplácito para seguir el camino, y habiéndolo concedido con muchos ofrecimientos al rey de Leon, entregó al infante quinientas piezas de oro para ayuda del viaje, que emprendimos para Babilonia en Egipto.

Habiendo llegado á aquella ciudad, nos presentamos al rey, y despues de haberle informado García Ramirez quiénes éramos y á qué provincia nos encaminábamos, se complació en

conocernos, manifestando ser paisano nuestro, natural de Castilla, hijo del maestre Martin Yañez, natural de la Barbada, y que él habia nacido en Villanueva de la Serena; que con motivo de haber muerto los moros á su padre, le cautivaron á él siendo niño, y el rey de Granada lo presentó al de Fez, quien le crió en su secta; y sabiendo era hijo de buenos padres, aficionados los moros á sus buenos procederes, y disposiciones, le aclamaron por soldan. Este es el motivo, queridos paisanos, prosiguió diciendo, de hallarme en el estado en que me veis, en el cual os ofrezco servir todo el tiempo que gusteis, en el que nada os hará falta. Condescendimos con su solicitud, permaneciendo á su lado cerca de un mes, regalándonos y obsequiándonos muy bien.

Una tarde que salimos á pasearnos por la ciudad, vimos en una de las plazas mas públicas á un moro enterrado hasta el cuello con señales de querer espirar; y habiéndole preguntado al soldan, cuál era el delito que habia cometido, nos dijo, que solo el haber dado una bofetada á un peregrino español que pasaba en romería por aquella ciudad. El infante, condolido del moro, le suplicó encarecidamente le perdonase; mas el soldan le contestó no lo podia hacer, en atencion á que si le indultaba, era dar pábulo ó motivo para que otros ultrajaran á los peregrinos, en términos que no habria quien pasase por su reino; y de consiguiente debia de permanecer en aquel estado hasta morir de hambre, sin el menor socorro por parte de persona alguna, sopena de sufrir el mismo castigo.

Siendo ya tiempo de seguir nuestro viaje, pedimos licencia al soldan para ello, y despues de habérnosla concedido, con muchas joyas y piedras preciosas que regaló al infante, encargó á sus emires nos acompañaran hasta salir de sus dominios, á fin de evitar se nos impidiese el paso. Con ellos caminamos unas ochenta leguas, que era lo que nos restaba de aquella provincia y despidiéndonos de su compañía, llegamos á la ciudad de Perona. Visitamos al monarca, quien enterado de quiénes éramos y la direccion que llevábamos, nos preguntó con toda severidad dijésemos, si entre nosotros iba alguna persona real ó señor poderoso; à lo que contestó García Ramirez, que todos éramos pobres peregrinos, y pasábamos á ver al preste Juan. Nada conforme con lo que se le dijo, mandó se nos pusiese en la cárcel con separacion uno de otro: todos los dias se nos interrogaba sobre lo mismo; pero viendo que siempre estábamos contestes á una misma cosa, despues de cuarenta dias de prision, mandó se nos

pusiera en libertad, con la condicion, de que cada uno habíamos de pagar veinte escudos de oro, y salir al momento de su territorio.

Despues de haber satisfecho la cantidad impuesta, salimos de aquella ciudad para la de Sobranza, cuyo soberano ordenó nos retirásemos luego al punto de su presencia, y que si despues de tercero dia permaneciamos dentro de sus estados, en el sitio donde nos hallaran, sufririamos una muerte afrentosa; y qué por el desacato de habernos internado en ellos sin el debido permiso, pagásemos cincuenta escudos de oro cada uno.

Notificada que nos fue esta sentencia, no pudimos menos de darla cumplimiento en todas sus partes con tanta celeridad, que en menos de tres dias atravesamos un desierto sin poblacion ni casa alguna, que tenia mas de doscientas leguas, hasta la ciudad de Asian, á cuya llegada nos recibieron con toda urbanidad y agrado, haciéndonos pagar un corto tributo.

Salimos despues para la poblacion de Torna, cuyo gobernador nos mandó seguir nuestra marcha, sin que tuviésemos que abonar tributo alguno; de lo que nos mostramos muy reconocidos, y seguimos para la ciudad de Pasibán, por la que pasa un famoso rio que sale del Paraiso terrenal: en esta poblacion pagamos un corto tributo; pero quiso el infante nos detuviéramos en ella á causa de ser hermosa y sus habitantes muy compasivos para los peregrinos.

CAPITULO IV.

Cómo el infante don Pedro con su acompañamiento pasó á la ciudad de Capadocia y se presentó al gran Morato, y despues al supremo Tamurleque.

Salimos de la ciudad de Pasibán para la de Capadocia, á donde llegamos sin el menor contratiempo; y habiéndonos presentado al gran Morato, nos recibió tan desabridamente, que le fue preciso al infante salir al instante de allí tomando el camino para Nínive, en cuya puerta hallamos una reforzada guardia de moros que la defendian. Garcia Ramirez, nuestro intérprete, preguntó, cuál de ellos queria servirnos de guia hasta presentarnos al gran Tamurleque: uno de los mas jovenes contestó, que él iria siempre que le pagásemos por su trabajo cuatro escudos de oro, porque distaba mas de una legua de aquel recinto, y de

consiguiente habia que transitar por muchas calles y plazas: le dimos los cuatro escudos que pidió y marchamos con él hasta llegar al palacio: pedimos licencia para entrar, y nos dijeron los guardias, que sin saber antes quiénes éramos y á qué ibamos, no podíamos pasar adelante. Garcia Ramirez les informó de todo, y enterados de ello marcharon los guardias: á corto rato volvieron con el recado de poder pasar adelante; asi lo hizimos y llegando á un gran salon descubrimos un magnífico y suntuoso dosel, bajo del cual en un trono de ébano guarnecido de brocado, cubierto de pedrería, estaba sentado aquel grande y poderoso señor. Luego que entramos ante su presencia, hincamos todos la rodilla á un tiempo, por no manifestar que entre nosotros iba superior alguno. A pocos pasos repetimos el acatamiento hasta tres veces: á la inmediacion suya nos postramos del todo en tierra, y nos mandó levantar y retirar hasta el dia siguiente, que nos hizo llamar; puestos de nuevo en su presencia, haciendo los mismos acatamientos, nos dijo esperásemos un poco, pues queria fuésemos con él á hacer oracion á su mezquita. Mandò llamar á sus criados y acompañamiento, que se presentó en la anchurosa y espaciosa plaza delante del real palacio, compuesto de cuatrocientos caballos con sus ginetes armados: cuatrocientos de á pie igualmente armados: á estos siguieron doscientos moros negros, que eran los pages: estos traian hachas y armas: detrás venia un almudan ó arzobispo, con cien alfaquies, especie de abades, los que iban entonando en voz alta varias oraciones: seguíanles doce moras hermosísimas, ricamente vestidas de brocados de oro y plata, con tanta pedrería, que deslumbraba la vista de cuantos las miraban: á estas las seguian otras doce jòvenes doncellas igualmente adornadas; tras de las que venia un hermoso carro triunfal, sobre el cual iba un magnífico trono de oro guarnecido de brillantes, cubierto con un pabellon de brocado de lo mismo, en el que iba sentado aquel grande y poderoso señor, el célebre Tamurleque: salian del carro cincuenta cordones gruesos de hilo de oro, tegidos con el mayor primor, y á cada uno iba asido un negro que tiraba de él. Antes que diese principio la marcha, mandó el soberano fuésemos á la inmediacion suya, cuya honra queria hacernos porque éramos vasallos de su hijo el rey de Leon, segun decia.

En esta forma caminamos á la mezquita: luego que entramos en ella, mandó que nos mostrasen todas las alhajas que habia, las cuales eran tantas y tan costosas, que es imposible calcularlas como asimismo el valor á que podrian ascender. Acabado

que fue aquel acto religioso, que hizo el Tamurleque, de rezos y oraciones, mandó guiar el carro por los sitios mas públicos de la ciudad, para que nosotros la viéramos, pues tiene sobre dos leguas de largo. En esta forma dimos la vuelta á palacio, donde siendo ya la hora de comer, ordenó se nos diese la comida al estilo de nuestro pais. Ellos segun sus ritos, comen medio tendidos sobre alfombras, en las cuales pusieron hermosos guardamesiles y tapetes, y encima una porcion de platos de oro y plata, muy finamente tallados, llenos unos con sabrosísimos manjares, y otros con ricas y esquisitas frutas de que abunda aquel pais. A nosotros nos presentaron algunas frutas muy buenas, leche, miel, manteca y carnes asadas de dromedario, elefante, marfil, camello y unicornio, que algunos la comimos de mala gana y contra nuestra voluntad, solo porque no advirtieran hacíamos desprecio. Veinte dias nos tuvo en su palacio en esta misma forma, en cuyo tiempo le instruyó García Ramirez de la grandeza del rey de Leon (á quien él llamaba su hijo), de los ritos, costumbres y demas perteneciente á sus estados, de lo que manifestó la mayor complacencia. En seguida y en nombre de todos, le pidió licencia para partirnos de allí, la cual concedió con mil doblas de oro, y muchos ofrecimientos y amistades para nuestro soberano, y nos despedimos.

Nos dirigimos á la ciudad de Seta; y de esta á la de Trasis, catorce leguas distante de Sodoma y Gomorra, cuyas dos poblaciones están convertidas en lagos de agua negra cubierta de carbones, en cuyas inmediaciones se ven hermosos y frondosos árboles, y las frutas son las mas vistosas de la tierra, pero por dentro se les advierte como una especie de carbon ceniciento, de modo, que ningun hombre ni animal las puede comer, á causa de ser tan amargas como la hiel: hay tambien muchedumbre de animales muy hermosos, mas de ninguna manera se puede hacer uso de sus carnes por ser bastante saladas y amargas. A la media legua de estos lagos está la muger de Loth, convertida en estátua de sal, en castigo de no haber obedecido al àngel, que al salir de la ciudad le mandó marchar sin volver la cabeza atrás. Es del tamaño de una muger regular, y cuando crece la luna se hincha la estátua mas de un palmo, y se disminuye cuando mengua: su postura es, vuelta la cabeza solamente, mirando á la parte en que hoy están los lagos, que antes fueron las dos poblaciones referidas.

Nos admiramos todos al ver aquel prodijio, discurriendo, cómo en tantos años que habian trascurrido permanencia como al-

principio, sin que los huracanes, aguas del cielo y la mala intemperie de aquellos climas hubiese podido borrar ni aun la mas mínima parte de la estátua.

CAPITULO V.

Como el infante don Pedro y su compañía pasaron á la Arabia, Zagaur, monte Gálboe y despues al de Sinaí.

Al siguiente dia tomamos el camino de la ciudad de Sabá, en la que hallamos una generacion, cuyos hombres tenian la cara á semejanza de perros, dándoles por los demas habitantes el nombre de rusticanos, los cuales son muy feroces y de malas propiedades; las mujeres de esta raza, no manifiestan tanta fealdad, y son muy humanas y compasivas.

Pedimos licencia para ver al rey, y habiéndola concedido nos presentamos á él: luego que nos tuvo delante, nos preguntó con la mayor severidad, quiénes éramos, y á dónde ibamos por aquellas provincias: García Ramirez contestó al tenor de su interrogatorio, lo mismo que habia dicho en las partes anteriores por donde pasamos, lo que no quiso creer, mandando tuviésemos la ciudad por cárcel, con graves penas que nos impuso si la quebrantábamos. Quince dias nos tuvo detenidos, hasta que satisfecho en algun modo de ser cierto lo que se le tenia ya manifestado, mandó pagàsemos veinte escudos de oro de tributo, y que dentro de veinte y cuatro horas saliésemos de allí para nuestro destino.

Al momento seguimos el camino de la Arabia, y para poder cruzar los grandes arenales que hay en aquellas regiones remotas, alquilamos cuatro dromedarios, sin los cuales era imposible caminar, porque los contínuos aires fuertes y huracanes que se levantan, trasportan de un lado á otro en menos de un cuarto de hora, los disformes montes de arena que se forman; por manera que muchas veces sucede, que los que caminan á pie por no poder hacerlo de otro modo, se ven espuestos á perecer, porque en un momento les cubre la arena sin poderse defender y mueren sofocados, de cuyos cuerpos se saca la carne momia, por algunos naturales que se dedican á ello, aunque con el peligro de perecer.

Cuatro dias tardamos en pasar aquellos arenales, que á no haber tomado la precaucion de llevar los dromedarios, sin duda

hubiéramos quedado sepultados bajo las arenas, por los recios vientos que corrieron en aquellos dias; en fin, con la ayuda de Dios, en cuya providencia nos entregamos de todo corazon suplicándole nos librase del peligro, pudimos salir de lance tan apurado, y arribamos á la grande y hermosa ciudad capital de Arabia, donde hallamos un buen acogimiento; y pagando un corto tributo que se nos exigió, nos marchamos para la de Zagaur, en cuyos campos murió Saul y todo su ejército. A nuestra llegada visitamos al gobernador, y despues de habernos exijido diez piezas de oro por cada uno, nos dejó marchar por el monte Sinaí, en el que hay un convento de religiosos franciscanos, con cuarenta individuos entre sacerdotes y legos: en él fuimos bien recibidos del guardian, por las muestras de cariño que manifestó haciéndonos sus huéspedes y deteniéndonos en aquel sagrado recinto sobre dos meses.

En esta tierra no se conoce el ganado bacuno; pero para cultivar los campos y demas tierras, salen los legos del convento por aquellos montes, y cojen unicornios, búfanos, dromedarios marfiles y daines cuando son cachorrillos; los traen al convento donde los crian á la mano, de modo que los hacen tan domésticos, como á unos mansos bueyes: con ellos labran sus tierras, haciendo en todo el mismo uso que en España se hace de los caballos, mulas y bueyes.

En la falda de este monte Sinaí existe la piedra que hirió Moisés con la vara para que saliendo agua satisfacieran la sed que esperimentaban los hijos de Israel, de la cual sale suficiente cantidad de agua para formar un corto arroyo que fertiliza una porcion de terreno: á su inmediacion hay un gran peñasco llamado de Santa Catalina; tiene de altura ciento cincuenta varas; su planitud á la parte de arriba es de veinte y cuatro varas, donde hay una pequeña ermita que contiene el cuerpo de la santa, en la cual asisten de contínuo dos religiosos franciscos de ejemplar virtud.

Pedimos licencia al padre guardian para ver el cuerpo de la santa; y habiéndola concedido, fuimos al pie del peñasco donde habia dos maromas fuertísimas, que forman una escala por la que subimos con bastante trabajo y esposicion: visitamos aquella ermita con toda devocion, mostrándonos aquellos religiosos el cuerpo de la santa, que se conserva entero y natural como si estuviera viva, en una hermosísima urna, construida con el mayor primor, de ébano y marfil, cuya guarnicion es de plata, asi como la cerradura y llave que la guarda.

Despues de habernos mostrado algunas preciosidades y reliquias que encerraba aquel pequeño santuario, nos despedimos de los dos venerables religiosos, volviendo à bajar por la misma escala que subimos, y nos dirigimos al convento donde á pocos dias nos despedimos de sus individuos para seguir nuestro camino, habiendo antes confesado todos y recibido el divino Manjar.

CAPITULO VI.

Como el infante don Pedro y su comitiva pasaron á las ciudades del gran Roboan, la de Meca, Sonterra y en Judea á la de Cananea.

Despues de haber salido del convento y tomado el camino de Roboan, entramos en dicha ciudad, cuyo rey mandó á los moros fuesen con nosotros y nos presentasen presos en la de Meca al califa de Bagdad, señor de la casa santa de Jerusalen y de la de Meca, donde está depositado el cuerpo del profeta Mahoma; rey de Fez y de los montes Claros, donde existen las minas de oro: defensor, de la ley mahometana y perseguidor de los cristianos: llegado que hubimos á Meca, y dándole recado los mensageros, de que Roboan nos enviaba presos para que dispusiera de nosotros lo que tuviera por conveniente, mandó que entrásemos, y con mucha magestad nos preguntó de qué nacion éramos y á qué parte se dirigia nuestro camino. El intérprete le contestó éramos pobres peregrinos vasallos del rey de Leon en España, y pasábamos, si nos lo permitia, á besar la mano al preste Juan. El Califa respondió que no le engañáramos, porque si nos encontraba en alguna mentira, nos haria quemar vivos. García Ramirez le aseguró de ser la verdad lo que le decia: pues bajo de esa palabra, dijo, y por respeto á vuestro soberano, os doy salvo-conducto y ámplia licencia, para que permanezcais en la ciudad, la paseeis, y marcheis cuando tuviereis por conveniente. Todos le besamos la mano por la merced que nos dispensaba, y con su beneplácito nos retiramos. Tres dias paseamos la ciudad, en la que vimos la casa de Meca ó gran mezquita dicha la *Kába*, sostenida por 400 columnas de mármol é iluminada por 300 lámparas de plata, que arden continuamente; techada en parte con láminas de oro, con mas de 100 puertas de maderas finas, y colgada de esquisitas tapicerías, donde está el sepulcro y Zancarron de Mahoma, el que se halla en una suntuosísima capilla

toda labrada de piedras preciosas: en medio de ella y en el aire se vé el Zancarron de aquel profeta el cual está engastado de fino acero: en cada uno de los ángulos de la capilla que son ocho, hay una loseta de piedra imán, y como cada una llama igualmente para atraerse el acero del engaste del Zancarron, es la causa de que se sostenga en el aire sin ir á ningun lado, lo que atribuyen á milagro aquellos miserables bárbaros.

Despues nos dirigimos á ver los jardines reales, en los que se ven tantas y tan grandes invenciones, que escedian á cuantas hasta allí habíamos contemplado en los reinos y provincias por donde transitábamos. Pasados tres dias pagamos el tributo de doce escudos de oro por cada uno, y nos fuimos para la tierra de los pigmeos, cuya estatura es de tres cuartas; la cabeza bastante gruesa y abultada; las piernas muy cortas; anchos de hombros y espaldas; la voz es mas gruesa de lo que permite su naturaleza; alcanzan mucha fuerza, siendo los peores y mas crueles hombres que hay en el mundo: es tanto lo que abundan en número por todas partes, que á no estar contenidos por un caudaloso rio que los separa y que no pueden vadear, me parece inundarian la mayor parte de la tierra habitable. En esta parte no quisimos entrar, temerosos de algun fracaso, pasándonos por un lado á la ciudad de Sonterra, donde habitan las amazonas, cuyas mujeres son cristianas, y viven sin hombre alguno: están sugetas al preste Juan: eligen entre ellas reina que las dirija y justicia que las gobierne: labran sus campos, ejercitan todas las artes, y dirigen sus pueblos sin que hombre alguno se entrometa en nada. Entramos en esta ciudad, y pasamos á dar obediencia á la reina; la cual luego que nos vió nos preguntó por el pais de nuestra procedencia y á dónde caminábamos; á lo que respondió Garcia Ramirez, éramos vasallos del rey de Leon, y pasábamos á besar la mano al preste Juan: á lo que replicó la reina, que si no sabíamos que en sus tierras no podia entrar hombre alguno sino en ciertos tiempos, y que el que entraba tenia pena de muerte. García Ramirez le dijo, que nosotros ignorábamos aquellas leyes, pues á haberlas sabido nunca hubiéramos entrado. Una de las camaristas de la reina contestó diciendo: sabed que entre nosotras no hay hombres sino en los tres meses de marzo, abril y mayo: en este tiempo y no en otro, se juntan los hombres con nosotras para que no se acabe la regeneracion: pasado este tiempo nos separamos, sin que por ningun motivo pueda quedarse ningun hombre entre nosotras, ni ninguna mujer irse con ellos; y si alguno ó alguna falta á esta ley, luego al momento se le dá ignominiosa

muerte. Al tiempo de retirarse los hombres, dejan sus nombres por escrito, como tambien el pueblo ó sitio donde viven, recibiendo igual papel de las mugeres para que las conozcan. Luego que nacen las criaturas les ponemos en las espaldas cinco cruces con un hierro encendido: si es varon, lo criamos tres años, y con los que vienen al año siguiente se remite á su padre para que lo crie y enseñe á trabajar; si es hembra, la cortamos el pecho izquierdo para que pueda manejar el arco y flecha, y esta se queda entre nosotras, guardando los ritos y ceremonias ya espresadas; Sin el auxilio de nadie, defendemos nuestras tierras; teniendo arregladas nuestras tropas; peleamos con arco y flecha; sin hacernos falta para esto la ayuda de los hombres: en vista de lo cual, ya os podeis retirar, y agradeced que atendiendo á vuestra ignorancia, no manda la reina mi señora que os quiten las vidas. García Ramirez con mucha cortesía y humildad respondió, que luego al punto saldríamos de aquel pais, estando reconocidos al favor que se dignaba dispensarnos; esperando de la mucha caridad y munificencia de su magestad, nos diera una limosna por Dios, porque ya no teníamos para poder costear el viage y pasar adelante. La reina mandó se nos diesen de limosna mil doblones de oro, y con ellos salimos de aquella tierra para la Judea. Anduvimos por esta provincia ocho dias, al cabo de los cuales llegamos á la ciudad de Cananea, la mayor que hay en toda la Judea, en la que están las tribus de Judá y Benjamin; luego que nos vieron los judios, salieron á nosotros preguntándonos quiénes éramos y á qué íbamos. Contestó García Ramirez á la pregunta, y no creyéndolo, nos mandaron llevar ante el procurador general de la tribu de Benjamin, por no haber en aquella nacion mas rey, gobernador, corregidor, ni otro gefe que un procurador en cada tribu: este nos mandó poner presos por ver si podia averiguar si entre nosotros iba alguna persona real de las tierras de España. Un mes nos tuvo presos, en cuyo tiempo nos recibió varias declaraciones; y viéndolas todas contestes, mandó ponernos en libertad, y que siguiéramos nuestra marcha.

En uno de los pueblos del tránsito presenciamos una cosa rara para nosotros, y fue un duelo en que iban varias gentes de ambos sexos vestidos de cilicios y con los pies descalzos; al llegar á un sitio en que habia una gran porcion de ceniza, se arrojaron en ella revolcándose como las bestias en el cenagar, y en seguida se marcharon á la casa del difunto á tomar solamente aquel dia una escudilla de lentejas cocidas: esta clase de gentes no cre-

en en la resurreccion de Jesu-Cristo, y solo se disponen para la venida del Ante-Cristo.

Los únicos jueces que gobiernan aquellas tribus, son los procuradores electos por el pueblo: estos están sujetos al preste Juan, á quien le contribuyen anualmente con el tributo de cien dromedarios cargados de trigo, y diez mil doblas de oro.

CAPITULO VII.

Como el infante don Pedro y demas de su acompañamiento pasaron á la ciudad de Luca, donde habitan los gigantes y de allí á la ciudad de Albes, donde reside el preste Juan.

LUEGO que salimos de Cananea, nos encaminamos à la ciudad de Luca, en cuyo camino gastamos quince dias: este viaje fue para nosotros el mas peligroso que hicimos, por estar habitadas todas aquellas tierras de gigantes, que tienen de alto trece codos: son muy feroces y sin ninguna piedad: por lo regular están acostumbrados á comer carne humana, y no se libra de la muerte el desgraciado que cae en sus manos sanguinarias. Por estos paises caminamos con todo cuidado y reserva, lo que no nos hubiera servido de nada, si la suerte no lo remediara como lo hizo, pues en todo el camino no encontramos mas que á cuatro de ellos en distintos sitios, de modo que nunca vimos dos juntos; y como nosotros éramos catorce no se atrevió ninguno á embestirnos, pues de lo contrario, hubiéramos perecido miserablemente en esta tierra: en fin, salimos de ella con el susto que se deja conocer y llegamos con toda felicidad á la ciudad de Albes, donde habita el preste Juan.

En esta ciudad, la mas populosa y fuerte: la mas rica, y fortalecida que hay en el mundo, tiene de circunferencia mas de doce leguas: en su muralla ó cerca tiene ciento cincuenta castillos bien fortificados; en cada uno hay dos mil hombres de guarnicion, todos con la barba larga, mostrando en ello luto en señal de haber perdido la tierra de promision: en la que se hallan unas piedras tan particulares, que tomándolas en la mano y dándolas un golpe, se dividen de muchas piezas todas triangulares; y por pequeña que sea una de ellas, se vuelve á dividir en otras mas menudas que apenas se perciben con la vista; pero no por ser tan diminutivas pierden la figura triangular. Tienen virtud para curar muchas enfermedades, en particular para las mordeduras de animales venenosos.

Es tanto el numeroso gentío que habita la ciudad de Albes, que por ninguna de sus muchas y anchas calles se puede transitar. Entramos en aquella ciudad al rayar el sol, y habiendo preguntado por el palacio del preste Juan, nos dijeron que para llegar á él se necesitaba ocupar medio dia sin dejar de andar, y que como no lleváramos quien nos guiara, no llegaríamos en todo el dia. Con este motivo ajustamos un hombre que nos condujese, y sin pérdida de tiempo empezamos á caminar por la ciudad, en la que vimos cosas tan admirables y edificios tan magníficos, que es imposible esplicarlo; baste decir, que cuanto hasta entonces habíamos visto, fue nada en comparacion de lo que en esta ciudad admiramos.

Las once y media serian cuando descubrimos á larga distancia un suntuoso palacio con ocho torres tan hermosas y brillantes, que no se podian mirar sin recibir impresion la vista por el mucho reflejo que despedian. Le preguntamos al guia qué palacio era aquel: y nos contestó que el del preste Juan. Llegamos á él y observamos que delante de sus puertas habia una guardia de seiscientos hombres de caballeria é infanteria lujosamente vestidos y bien armados; de los cuales se adelantó un capitan y nos preguntó quiénes éramos y qué se nos ofrecia. El intérprete respondió, que éramos españoles, vasallos del rey de Leon, y pretendíamos besar la mano al preste Juan, á lo que contestó el capitan, nos aguardásemos en aquel sitio hasta que él pasara la noticia á los porteros, y estos á su magestad; con lo que se fue volviendo á corto rato diciendo, que pasásemos adelante. Le seguimos hasta donde estaban los primeros porteros y se quedó alli: uno de aquellos mandarines nos condujo hasta la antesala, en la que estaban seis reyes de armas y mas de cien alabarderos; uno de los reyes dió aviso al portero de cámara de nuestra pretension y este la comunicó á su magestad, el cual mandó entrásemos, puestos en órden y con la mayor ceremonia y cortesía que pudimos entramos en el real salon, en el que debajo de un magnífico dosel estaba sentado el preste Juan con su mujer al lado, y un hijo que era emperador de las provincias galdras.

Hincamos la rodilla en tierra, lo que repetimos hasta llegar á la inmediacion del trono, en cuya postura el infante don Pedro sacó las cartas que llevaba de su primo, y poniéndoselas sobre la cabeza, las besó con sumision y puso en las manos del preste Juan, quien las recibió con la mayor cortesía mandando á uno de sus camareros las leyese. Enterado el soberano de que el portador era primo del rey de Leon, le mandó sentarse y siguieron hablando

hasta que fue hora de comer. Puestas que fueron las mesas, le hizo sentar á su lado, prefiriéndolo á los reyes que comian con él. Mandó tambien poner otra mesa, en la que sentados los demas de la compañía del infante, nos sirvieron la comida con la mayor decencia.

Todos los dias ponian en la mesa del preste Juan cuatro fuentes de plata: en una la cabeza ò cráneo de un difunto; en otra, una porcion de tierra para recordarle lo que somos y en lo que hemos de venir á parar; la tercera, llena de carbon encendido, para representarle las penas del infierno; y la cuarta, estaba llena de fruta à modo de peras muy especiales, que por cualquiera parte que se cortaban, se veian dos cruces, una en cada pedazo: y aunque se cortaran en muchas piezas, todas sacaban la cruz de Cristo Señor nuestro. En esta forma, y con muchas oraciones y señales de buen cristiano, comia todos los dias.

Tres meses estuvimos en aquella córte muy bien tratados y asistidos de todo lo necesario, en cuyo tiempo vimos cosas muy maravillosas. Los sacerdotes son casados en aquella tierra; pero cuando quedan viudos no pueden volver á casarse, debiendo entonces permanecer en la iglesia sin salir de ella hasta que mueren. Si él fallece antes, tampoco se permite segundo matrimonio á la muger, debiendo guardar castidad por toda su vida; y la que quebranta este precepto tiene pena de muerte; por cuyo delito vimos quitar la vida á dos de ellas.

En cada iglesia asisten de contínuo cuatro sacerdotes, los que alternan por semanas, y para salir los cuatro, tienen que quedar otros en su lugar. Hay otros que tienen la obligacion de exhortar á los feligreses al cumplimiento de iglesia todos los meses, y el que no lo hace cae en desgracia del preste. Ningun sacerdote puede tratar en nada, ni tener labor de campo, ganados, camellos, elefantes, ni otras grangerías, manteniéndose solamente con los diezmos y primicias, lo que se observa con tanto rigor, que al que se le justifica alguna falta en estas cosas, al momento sale desterrado de todos aquellos dominios; con cuya ley viven muy ajustados y arreglados á sus obligaciones; y á imitacion de ellos siguen los seglares en la parte que les toca, viviendo todos en tanta paz y armonía, que apenas se advierte un disgusto.

Pocos dias antes de venirnos, mandó el preste á dos sacerdotes que nos mostraran el cuerpo de Sto. Tomás: fuimos á la iglesia donde está el santo y le vimos; está colocado en el altar mayor, en pie derecho, y el brazo y mano que puso sobre el costado de Cristo nuestro Señor, lo tiene tan natural y fresco como

si estuviese con vida. La víspera del dia del santo, le ponen en la mano un sarmiento seco, el cual se reverdece al instante, echa hojas y tres racimos de ubas, que al toque de oracion están en agraz, y cuando amanece ya están maduras: de ellas se hace mosto, y con él celebra misa el preste aquel dia, el del Corpus y el de nuestra señora á 15 de agosto, que son las tres únicas que dice en todo el año. Visto el cuerpo del Santo, nos volvimos á palacio á dar las gracias al preste por el favor que nos habia dispensado.

CAPITULO VI.

Del modo de elegir al preste Juan, y de como el infante don Pedro y los suyos llegaron á tierra donde ladran los hombres como perros.

Luego que muere el preste, se reunen en la ciudad todos los obispos y abades del reino, y en solemne procesion se dirigen á la iglesia del apostol santo Tomás en la que despues de muchas oraciones ruegan al Santo elija y señale al que debe ser el preste; á cuya reverente súplica tiende el brazo y señala al que ha de serlo: en seguida todos le dan la obediencia, pasando despues el que ha sido electo á besar la mano al Santo y los demas prelados se la besan à él: hecha esta ceremonia se vuelve á formar la procesion y le conducen à su palacio, donde sigue gobernando sus dominios.

Viendo el infante el mucho tiempo que hacia estábamos detenidos en aquella ciudad, pidió licencia para pasar á otra parte y el preste le aconsejó no siguiera mas adelante, porque llegaria à tierras donde los hijos se comian á los padres y ladran como perros. El infante le dijo que aunque no entrara en aquellas tierras, queria por curiosidad verlas desde lejos, á lo cual se conformó el preste por darle gusto; mandando prevenirle para el viaje seis dromedarios: los dos para comer de ellos, y los otros para carga y montar á caballo en ellos: dàndole tambien mil escudos de oro, y dos hombres para que nos guiasen y sirviesen en aquella jornada. Partimos de aquella ciudad tomando el camino del desierto del Paraiso, por el que anduvimos trescientas veinte leguas sin encontrar poblacion alguna. Luego que llegamos á la vista de unas altísimas montañas, vimos al pie de ellas algunas poblaciones circunvaladas por cuatro rios; el Tigris, Eufrates, Guion y Fison, los cuales salen del Paraiso Terrenal segun nos manifestaron los dos guias; las riberas están pobladas de frondosos árboles: en las del Tigris solo se advertian olivos: las del Eu-

frates cubiertas de cipreces; las del Guion de palmas y arrayanes; y las del Fison de cedros: sobre cuyos árboles se divisan innumerables papagayos y otras aves hermosísimas. Pasamos mas adelante hasta llegar á la orilla del rio Tigris, que era el mas cerca, y los guias nos manifestaron dos árboles de los que echan las peras ó fruta de la cruz que vimos en la mesa del preste Juan; los cuales no echan mas de cuarenta, no descubriéndose otros que aquellos dos en todos aquellos contornos, causa porque los tienen en mucha estima, dedicando su fruto solo para el preste Juan. Quisimos pasar adelante, mas los guias no lo consintieron, y determinó el infante nos volviésemos á la córte del preste Juan, como en efecto lo hicimos, permaneciendo treinta dias mas: al cabo de los cuales nos concedió la licencia y beneplácito para que pudiésemos regresar á España, dándonos muchas bendiciones, y mandando entregar al infante veinte mil piezas de oro, cuatro dromedarios y seis camellos; con cuyo auxilio tuvimos lo suficiente para volvernos á España; asimismo le dió una carta para el rey de Leon, que debia entregarle á su llegada.

CAPITULO IX.

Carta del preste Juan de las Indias para el rey don Juan el segundo de Castilla, en la que le dá cuenta de los ritos y ceremonias de su reino, y de los hombres y animales que lo habitan, la cual dice asi:

Alto, poderoso y cristianísimo rey don Juan: salud en nuestro señor Jesucristo: Os hago saber, que nuestra ley es la de gracia, creyendo fiel y verdaderamente en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

Y por cuanto si apeteceis saber las particularidades de mis dominios, os digo que tengo por vasallos sesenta y cuatro reyes: me sirven doce arzobispos, treinta obispos y cuatro patriarcas. El dominio de mis tierras se estiende á diez mil leguas en las que tengo dos provincias llamadas india mayor, é india menor; en las que se crian elefantes, dromedarios, camellos, aspides, serpientes, unicornios, grifos, y otros muchos animales y aves de grandes fuerzas, que sin perder el vuelo arrebatan del suelo las reses, y se las llevan al nido para que coman sus hijuelos. A los dromedarios, elefantes, camellos y unicornios, se les coge cuando son pequeños, y domestican, de modo que con ellos se labran los campos y hacen todas las demas labores que necesitamos.

Tengo en mis estados gente que no tiene mas de un ojo en

medio de la frente, y cuando muere alguno, se le comen entre sus parientes, á los cuales llaman Gómeos: habitan entre dos sierras tan ásperas que ni pueden llegar á nosotros, ni nosotros á ellos, por la profundidad del valle en que se crian: siendo tantos los que hay, que si Dios no los hubiera encerrado allí, podrian cubrir mucha parte de la tierra; habiendo tradicion, que no saldrán de aquel sitio hasta que venga el Ante-Cristo.

Hay otra clase de gentes que solo tienen un pie y este redondo: son pacíficos, y se ocupan nada mas que en labrar sus tierras.

En otra isla tengo una generacion, cuyas gentes son de la alzada de una vara con corta diferencia: pero son muy belicosos.

En otra provincia hay gente que de cintura arriba son hombres, y de cintura abajo parecen caballos, y lo mismo las mujeres: estos pelean fuertemente con los sagitarios, de los que hago traer á mi córte por curiosidad especial.

Tengo una provincia habitada por gigantes de la altura de dos hombres, los que no me pagan tributo. aunque estàn á mi mando; y si como son de grandes fuerzas fueran belicosos y guerreros, pudieran conquistar el mundo; pero son tan pacíficos; que solo se ocupan en la labranza de sus tierras; estos fueron los que formaron la torre de Babilonia.

Cuando salimos á campaña, no usamos otro estandarte ni bandera que la santa Cruz. Todos los años vamos á visitar el cuerpo del profeta David; y para pasar los desiertos arenales de Babilonia, vamos en castillos de madera puestos sobre elefantes; para librarnos de las muchas serpientes, dragones y otros animales que hay con siete cabezas, los cuales son muy voraces; en cuya forma caminamos por aquellas tierras para librarnos de tantos como abundan.

Cuatro meses en el año vivimos con nuestras mujeres, y pasados, nos separamos hasta otro año: esto se entiende con los que somos sacerdotes, pues los seglares viven siempre juntos: en los dias de Resurreccion, Ascension y Natividad de Ntra. Señora, predicamos al pueblo en público, exhortándoles al cumplimiento de la divina ley, animándolos á que resistan las tentaciones del comun enemigo. Administramos y guardamos muy recta justicia, castigando á los malos, y premiando á los buenos.

En esta forma, caro y amado hermano, gobierno estas provincias, y en la misma creo dirigis las vuestras: asi lo espera del celo cristiano vuestro hermano

El Preste Juan de las Indias.

CAPITULO X.

De como el infante don Pedro se despidió del preste Juan y se vino á España con su acompañamiento.

Luego que el infante se entregó de la carta y demás que le habia dado el preste Juan á quien besó la mano, nos despedimos de los arzobispos y obispos del palacio con muchas lágrimas y tiernos afectos, que á no haber sido por dejar al infante, algunos de nosotros nos hubiéramos quedado por aquel pais. Al fin salimos de la córte guiados por los criados que nos proporcionaron, dando principio á nuestra jornada el dia primero de abril. Seguimos juntos hasta los confines de aquellas provincias, donde nos separamos de los criados; ellos para volverse á la córte, y nosotros para seguir nuestro camino. Llegamos á la ciudad de Cotopia, que es término de Gudilfe, en donde fuimos bien recibidos, descansando tres dias. De alli salimos para el mar Rojo, por donde pasaron los hijos de Israel cuando venian de Egipto, que fueron seiscientos mil hombres, sin las mugeres ni niños. Desde aquel sitio tomamos el camino que habíamos llevado cuando fuimos hácia allá, por saber ya los pasos, ritos y ceremonias de aquellos habitantes; pues aunque algunos de los nuestros fueron de sentir nos volviésemos por otras provincias, García Ramirez y otros con él dijeron que no convenia, porque ya nos conocian en las tierras por donde habíamos pasado, y nos dejarian volver libremente. Pareció muy bien este dictámen al infante, y determinó que regresásemos por el camino que habíamos llevado, el que seguimos con tanta felicidad, que en ninguna de las provincias y reinos por donde pasábamos, nos pusieron el menor impedimento en la marcha; la que continuamos sin suceso que de contar sea hasta llegar á España. A nuestra arribada pasó el infante á ver á su primo el rey don Juan, de quien despues de haberle entregado la carta del preste Juan, se despidió y pasamos á Portugal á besar la mano á su padre, al que contó cuanto queda manifestado en tan dilatada y peligrosa jornada, gastando en ella tres años y cuatro meses.

Muy complacido quedó el rey de que su hijo hubiese vuelto con felicidad: á todos los que le acompañamos, mandó se nos diesen rentas con que poder mantenernos por los dias de nuestra vida, con lo que nos retiramos cada uno á disfrutarlas en el seno de nuestras familias.

FIN.